

ESTROFAS DE SAN LORENZO

1 – Las estrellas han desaparecido. Sobre la casa tamborilea la lluvia como un centenar de dedos cercenados que sólo saben cantar. La noche entra en el poeta como ningún amante, sin decir una palabra. En el aire libre lúcido sobre su almohada lo visitan los versos de los poetas pasados, todos aquellos que ama en silencio, los únicos poseedores de las respuestas. No hay preguntas, la lluvia golpea, golpea y canta. Fuera el patio inundado, la ciudad allá abajo fresca y sucia, las ruinas romanas que todo han perdido menos la humedad. La noche casi no existe bajo el cielo blanco. La oscuridad habla.

Procesión de muertos desde los cuadernos en blanco murmuran los versos aquellos que el poeta nunca olvida, y tras la pared los vivos que duermen y a los que no ama, o ama por un instante, el de un toque de lluvia en el tejado.

Ha pasado la luna, un redondel voluble, y se ha prostituido a las nubes. El deseo. Desde el mundo vacío y lleno de lluvia, el mundo de angostas calles donde cabe un numero de determinado de gotas destinadas a su paso siempre sólo. Allá va su alma, va su alma como un dedo más en la noche buscando su techo para golpear en una canción, la única que sabe y no revela. Va su alma sola y cae con las gotas y no encuentra nunca el comienzo del mundo y no sabe y desvaría y siempre está cayendo una gota su alma sobre la noche del mundo que no oye su canción y enmudece y no oye y cae y es una gota perdida sola, cae desvaría y el delirio llega, para olvidarla.

2 – Se abre el día como una pregunta. La lluvia ha perdido su misterio y vaga en busca de la tierra. El mundo es una tumba y el cielo su lapida. Buscando las palabras que la noche no le ha revelado el poeta emprende su rito mortal: abre los ojos. Una mano quizás suya cuando la observa atrapa el aire, el aire que ha vuelto a la habitación y ya escapa por el patio agrisado de luz, y ya enmudece los techos y ya descende de las camas con peso sórdido, sórdido el día miente y necesita el rumor. Una voz que una vez amó pasa, era un sueño, donde están las estrellas. Huyeron las palabras que formaban los versos de aquellos poetas de la noche, los únicos amantes. Pobre un cuerpo se levanta para no descubrir nada más allá de la luz. Alzan sus párpados los relojes y comienzan a fustigar la claridad brillante, y roban fulgor y dan fugacidad y miden y cuentan y cercenan y sin voz dos espadas mutilan el espacio que corre, corre, escapa, y quiere alejarse y cae hecho pedazos. El piso sigue allí, sin decir nada.

3 – En el patio pequeño y cuadrado tres puertas se miran como quien ante si tuviera sólo el infinito. En medio, una fuente requiebra un tintineo líquido, un ojo que se abre y cierra sin luz, como una voz monótona y vital. De una de las puertas sale una mujer, flaca, plana, sin pechos y sin pantorrillas, sin muslos y sin caderas, con una nariz que se le adelanta y pregunta “vuole un caffè?” Qué triste el aire de los malvones, de las madre selvas que engañan, rasguñan las paredes en el silencio. Sin embargo, y sin nadie lo pida (quizás la mujer de la otra puerta, esa de los gatos) el sol alcanza con metafórico rayo el agua quieta de la fuente y disemina esquirlas de luz en el patio apesadumbrado. La mujer flaca, adornado el rostro devastado y no obstante el joven por una mancha como un perfil del África, cuenta su historia dramática, historia de

amor desgraciado, y humildemente sonrío. “Ho due figli, sa” , y el sol vierte de chorros de blanco en las baldosas, salpicones de semen, y los malvones se despiertan siempre pobremente, y se asoman los gatos de la señorita inglesa, tímida, y la voz de la mujer desventurada une los hilos de la mañana para crear el aire, colorea el musgo de los ladrillos en que apoya la fuente sus pies fracturados, y dos hijos, como dos ángeles, levantan el cielo por las puertas y llenan de luz el pequeño patio de malvones, con rostros pálidos y mapas africanos, con madre selvas raquílicas y la vecina inglesa. Comienza la mañana.

4 – Un poeta agoniza. No sabe que esas estrellas desilusionadas que lentamente descienden sobre su futuro cadáver no son las mismas. No son las mismas que despertaron su corazón años atrás, las brillantes estrellas poderosas ojos y cometas de un cielo inquieto que penetraron su carne en una noche del pasado. Todo calla cuando un poeta agoniza. La herida que sufrió cuando era adolescente o niño deja escapar poco a poco su vida, que es sutil y transparente, al aire entristecido de estas otras estrellas que bajan, bajan hasta la fuentecita de la vecina abandonada ha adornado con ramas de madre selva, y del agua oscura, en la noche, gotean hojas como parpados cerrados.

Que lenta agonía, la de un poeta. Acompañado por los gatos que con las estrellas resbalan de los tejados, su cuerpo extendido yace en la sombra rodeado de malvones asfixiantes, en la noche que no es la misma de aquellos años y que devuelve el golpe con perfecto silencio, para que no olvide.

5 – Cuando regresa a su cuarto, exiguo paraíso sin ventanas, ha consumido gran parte de su vida. Dentro, sólo una banderola como una oreja transparente oye por él los quejidos de la noche. Lluve. Tantas veces llueve en ese patio. El rumor desolado del agua pasa junto a la cabeza del poeta, sobre su lecho. Allí es hermosa la lluvia, la lluvia encuadrada en el patio de las dos vecinas solas, la fea y la de los malvones-gato, encuadrada en la oreja-banderola que del cielo rasga un ángulo, pero basta; entubada en el caño que alguien (alguien soñó tal vez que allí dormiría un poeta) ha hecho poner sobre su lecho para que la noche traiga el repiqueteo de todas las lluvias, y pueda soñar versos como las gotas, ríos subterráneos, amados, aéreos sobre sus ojos cerrados.

Si la lluvia durase siempre, el poeta podría intentar ahogarse en la fuente, que la vecina adorno con madre selvas.

6 – En mañanas que nunca conocieron el tiempo, grises palomas de ciudad bajan al patio, mientras la inglesa solterona con esmero riega las cincuenta macetas de malvones que de los bosques imitan una diminuta sombra. Luz, la luz que cae como rayo dulce sobre la fuente y las palomas, sobre los tristes malvones y la vecina solitaria. El poeta en esas mañanas sólo puede ver, tan grande es el patio, las sombras enanas, los quejidos sin eco de las palomas y el paso del aire. Como un verso para él entonces se desliza la existencia, la verdad ha elegido su patio esa mañana, su fuente y las palomas, los malvones y los pasos culpables de la desventurada con su perfil africano. Sentado en el umbral de su puerta siente que nunca escalera más real haya existido, ni mármol más precioso labrado el hombre haya, para que desde el patio Roma y el mundo y todas sus ciudades y bosques y

montañas y ríos y planicies y la lejana y nunca conocida Patagonia y las peligrosas catacumbas y el recuerdo de los egipcios y los engañosos mitos de los griegos y la calle que allá afuera rumorea, se despliegan magníficos de luz; y no existe otra celda mejor para su espíritu que el patio cuadrado de San Lorenzo.

7 – Sólo el paso cauteloso de los gatos señalaba la paulatina victoria de las sombras, cuando bajo los pobres aleros la madre selva inflamaba el aire con su dulzor agudo de uñas blancas. Era la tarde. Un reloj que nunca existió imponía un silencio de claustro y una ausencia en el patio, sin poeta, sin voces ni la radio del vecino de arriba, que venía del sur. El patio entonces era de la tarde. Recuerdos perdidos de mil inquilinos olvidados y tal vez muertos rondaban como almas liberadas entre las macetas, la quietud cadavérica del agua los reflejaba, un calor que no era de aquí, hasta que cayeron las sombras. Sombras, sombras únicamente porque la luz que entonces a nadie pertenecía sólo a la tarde, los llamaba. Y arremolinaban la hojarasca junto a la alcantarilla cuando la vecina inglesa pasaba con su procesión de gatos, al oscurecer.

8 – En la penumbra, las voces de los muertos. De un rincón, detrás de la puerta, en el círculo esotérico de las macetas, bajo la fuente inmóvil, ellos, los muertos, visitaban al poeta. Eran cadáveres sin pies, sombras livianas que la luna enfurecida volvía transparentes. Llegaban al patio enmudecido y junto a su puerta, allí donde el escalón de mármol conducía al universo desafiando las tormentas, hincaban sus olvidados cuerpos para murmurar un verso, la palabra final, una última metáfora. Venían del pasado con el recuerdo harapiento de otros poetas, con los dolores que sobre sus tumbas un día derramaron los hombres; llegaban llenos de ausencia para pronunciar labios si carne el sueño del escritor durmiente. Eran las voces de San Lorenzo, lamentos sin nombre del único bombardeo, inquilinos antiguos del verano que para siempre los había abrazado. Pasaban sin ruido, en el sueño infinitesimal del poeta dejaban una semilla de sombras.